

El más grande mandamiento

(Marcos 12.28-44)

Joe Schubert

En todo aspecto de la vida parece haber una incesante batalla por el primer lugar. En el mundo de los negocios, y en el de los deportes, hay rivalidad. Aparentemente, existe un insaciable deseo de parte del hombre por conocer qué es lo más grande en todos los campos. Queremos saber cuál es el edificio más alto, el hombre más anciano, el auto más rápido y, por supuesto, el estado más grande.

I. LA PREGUNTA ES PLANTEADA (12.28-31)

No es de sorprender, por lo tanto, que en vista de la insaciable sed del hombre por lo extraordinario, un día un maestro de la ley, un escriba, viniera a Jesús y preguntara: «De los cientos de mandamientos del Antiguo Testamento, deseamos saber cuál es el primero y más grande de todos. Piense en todos ellos y señálenos el único que podemos considerar el más importante».

La respuesta que Jesús le dio a tal pregunta constituye uno de los grandes pasajes de toda la Biblia. Dijo Jesús en Marcos 12.29:

El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas.

Lo anterior es prioridad máxima. Este mandamiento es el que Dios considera la más importante instrucción y el más grande mandato que jamás haya dado a Su pueblo. Analicemos detenidamente este significativo pasaje para tener una idea de su verdadera importancia.

Jesús comenzó diciendo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón». El corazón es la parte de nosotros que siente, la parte en la que residen las emociones. El sentimiento cálido, sobrecogedor y

unificador que tenemos por nuestros cónyuges e hijos procede del corazón. El amor por nuestro Padre celestial debe crecer al punto de que conmueva nuestro corazón, sentimientos y emociones. El amor que le tenemos a Dios jamás será todo lo que debe ser mientras nuestro corazón no haya sido conmovido. Es una gran verdad que el cristianismo auténtico es una religión que se siente en el corazón.

También dijo: «Igualmente deseo que ames al Señor tu Dios con toda tu alma». La palabra *alma* se ha traducido de diferentes maneras en las diferentes versiones de la Biblia. La palabra griega es *psyché*. Esta palabra se traduce por «vida» en otros pasajes del Nuevo Testamento en los cuales aparece. Por ejemplo, en Mateo 6.25 dice: «No os afanáis por vuestra *vida*, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir» (énfasis nuestro). Otro ejemplo es Juan 15.13, donde Jesús dijo: «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su *vida* por sus amigos» (énfasis nuestro). Aún otro ejemplo es Mateo 20.28: «[...] como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su *vida* en rescate por muchos» (énfasis nuestro).

El énfasis de estos pasajes, y de otros que podríamos citar, es en que esta palabra *alma* a menudo se refiere a la misma vida del ser humano —al aliento de vida, si se quiere. Lo que Jesús está diciendo en esta segunda parte del más grande de todos los mandamientos, es que nuestro amor por Dios debe ser la clase de amor que nos motive a servirle con la totalidad de nuestra vida, hasta el punto de dar esa vida por Él si fuere necesario. Los mártires cristianos del siglo I son, por supuesto, ejemplos perfectos de personas que amaron a Dios con toda su alma, al grado que dieron su vida física por la confesión de fe que hicieron.

La tercera parte de este mandamiento es que

hemos de amar al Señor nuestro Dios con toda nuestra mente. Sabemos qué es la mente. La mente es el asiento del intelecto, esa parte de nosotros con la que pensamos. Es con la mente que usted prepara su declaración de impuestos. Es con su mente que usted inventa dispositivos y hace descubrimientos. Son las mentes de nuestros hijos las que reciben instrucción cuando los enviamos a la escuela. La mente es la parte pensante de nosotros.

El Nuevo Testamento a menudo hace énfasis en que dediquemos lo mejor de nuestras mentes al Señor. Sabemos que debemos conocer la voluntad de Dios, y que esa tarea es primordialmente una labor mental. Una y otra vez, en las Escrituras se pronuncian bendiciones a favor de los que dedican sus mentes al estudio de la Palabra de Dios. ¿Recuerda los cristianos de Berea? Lucas los elogió en Hechos 17.11 cuando dijo de ellos: «Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así». Estas personas estaban dedicadas al uso de sus mentes e intelectos en el estudio diario de las Escrituras para comprobar aun las prédicas de un apóstol inspirado. Cuando le escribió a Tito, Pablo incluyó como uno de los requisitos para el anciano, que éste sea «retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen». Esto sólo lo puede hacer un hombre que usa su mente para aprender qué es la sana enseñanza, y también para combatir a los que enseñan el error en el nombre del Señor.

Todos los días, el cristiano debe dedicar algún tiempo al estudio de la Biblia. Todas las semanas, el cristiano debe aprovechar al máximo las clases de enseñanza de la Biblia que se imparten. No se puede considerar verdaderamente obediente al más grande de todos los mandamientos a un cristiano que no toma en serio su obligación de ser un estudiante personal de la Palabra de Dios, ya sea en privado o en grupos.

No es por casualidad que el Señor no dejó sola esta parte del mandamiento de amarlo con nuestras mentes. La complementó con otras partes de ese mandamiento, al poner en un mismo nivel el amarlo con nuestra mente y el amarlo con nuestro corazón y con nuestra alma. El divorciar la mente del corazón y de la vida da como resultado algo que es desagradable y contrario a la Escritura. No basta con solamente conocer las Escrituras. También debemos tener esa profunda devoción por Dios a la que Jesús llama amarlo con todo nuestro corazón

y con toda nuestra vida.

También dijo Jesús en este mandamiento: «Amarás al Señor con todas tus fuerzas». Las fuerzas del hombre las constituyen sus capacidades, talentos y energías. El cristianismo es una religión activa, hacendosa. El que no está dispuesto a usar sus capacidades y talentos en la obra del reino de Dios, no es realmente idóneo para ser un discípulo de Jesucristo. Pablo dijo en Romanos 12.1 que el cristiano deber tomar toda su vida para presentarla diariamente en sacrificio para su Dios. En tiempos del Antiguo Testamento eran animales muertos los que el pueblo de Dios ofrecía en sacrificio. En la era cristiana, el sacrificio que ofrecemos a Dios es el sacrificio de la vida que vivimos para Él. Esta es una parte esencial del verdadero cristianismo. Es por medio de laborar para Jesús en Su reino, amándolo con todas nuestras fuerzas, que mostramos la sinceridad de nuestra devoción y dedicación a Dios.

Me imagino que si en este momento saliéramos a la calle y le preguntáramos al primero que encontráramos, cuál cree él que es el pecado más grave del cual es culpable la gente hoy día, lo primero que diría, después de pensarlo algunos segundos, es esto: «Bueno, el homicidio es espantoso, la mentira es terrible, el hurto es repugnante y el adulterio es un grave pecado». Tal hombre mencionaría estos pecados y nosotros coincidiríamos y le diríamos: «Tiene usted razón, esos son ciertamente graves pecados». Pero, ¿serán el homicidio, la mentira, el adulterio y el hurto los más graves pecados? Si el amar al Señor mi Dios con todo mi corazón, con toda mi mente, con toda mi alma y con todas mis fuerzas es el más grande mandamiento, entonces ¡el más grave pecado tiene que ser el no amarlo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con toda mi mente! ¡El más grave pecado tiene que ser una violación del más grande mandamiento! Todos los demás pecados, tales como los que acabamos de enumerar, son producidos a raíz de no amar a Dios profundamente. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». Estas palabras Suyas también llevan implícita la idea de que si no lo amamos no guardaremos Sus mandamientos.

Hay muchas personas buenas y decentes a las que jamás les pasaría por la mente cometer homicidio o adulterio, pero que son grandes pecadoras debido a que no aman a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente. El amor a uno mismo que desplaza a Dios del lugar central de nuestras vidas, es el más común de todos los pecados.

Vuélvalo a leer. ¿Cuál es el primero y más grande mandamiento?

Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas.

Jesús pasó después a mencionar el segundo más grande mandamiento. Al mencionar el segundo mandamiento, Él unió dos mandamientos que ningún maestro, judío o no judío, alguna vez unió. En el versículo que sigue dijo: «Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos» (vers.º 31). Jesús puso juntos el mandamiento a amar a Dios y el mandamiento a amar a nuestro prójimo e hizo de ellos uno solo. La religión consistía para Jesús en amar a Dios y a los hombres. De hecho, estoy seguro de que Él hubiera dicho que la única manera como podemos probar que amamos a Dios es por medio de demostrar que amamos a nuestro prójimo. No hay mandamientos más grandes que éstos.

II. LA IMPRESIÓN QUE CAUSÓ LA RESPUESTA (12.32–34)

La verdad inherente a estas palabras que Jesús acababa de expresar, convenció completamente al maestro de la ley y causó una honda impresión en su corazón. Los versículos 32 y 33 dicen:

Entonces el escriba le dijo: Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él; y el amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios.

Este escriba, que continúa en el anonimato y continúa siendo un desconocido, vio una gran verdad. La verdad que vio fue que a los ojos de Dios, la actividad religiosa y las acciones religiosas visibles, no tienen valor alguno, a menos que la actitud del corazón sea buena. Siempre ha sido fácil circunscribir la adoración al edificio de la iglesia. Este escriba había sido capaz de algún modo de elevarse por encima de sus contemporáneos y de entender algo que casi ninguno de ellos entendió. Entendió, en un sentido, lo que Jesús estaba diciendo. Se dio cuenta de que estaba del lado de Él.

Debió de haber una mirada de amor en los ojos de Jesús cuando le dijo a este maestro de la ley: «No estás lejos del reino de Dios» (vers.º 34). Este es el

triste epitafio que se podría escribir en la tumba de muchas personas. Estuvieron muy cerca del reino, pero del todo no entraron. Si este maestro de la ley hubiera tenido la valentía de reconocer que Jesús era el Señor, no hay duda de que habría sido expulsado de la sinagoga. Habría perdido su modo de ganarse la vida. El silencio de las Escrituras en cuanto a lo que hizo después es un indicio de que esto fue lo más cerca que el escriba estuvo del reino de Dios. Después de este incidente, dice Marcos que ninguno osó hacerle más preguntas.

III. ALGO MUY IMPORTANTE ES SUBRAYADO (12.35–37)

El Señor continuó su discurso con el fin de hacerles ver algo muy importante a estos escribas. Esto es lo que dice Marcos:

Enseñando Jesús en el templo, decía: ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies. David mismo le llama Señor; ¿cómo, pues, es su hijo? Y gran multitud del pueblo le oía de buena gana (vers.ºs 35–37).

La cita del versículo 36 fue tomada del Salmo 110. Esto fue lo que David escribió en ese salmo: «Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra». La pregunta de Jesús es sencilla. ¿Cómo puede el Mesías ser Hijo de David y a la vez Señor de David? Está haciendo ver la cuestión de Su identidad. Por supuesto, la respuesta a la pregunta que Jesús hizo está relacionada con la naturaleza dual de Su carácter. Como Hijo del Hombre, Jesús era hijo de David, pero como Dios encarnado en un ser humano, Él era el Señor de David y de toda la demás gente de la tierra.

La identidad de Jesús es la cuestión fundamental de la vida. Toda la historia de la humanidad está avanzando hacia un día culminante en el que toda persona que alguna vez vivió doblará su rodilla y confesará con su lengua que Jesucristo es el Señor. Su Señorío es la clave de toda la vida. El Señor está haciendo por medio de estas palabras un valiente esfuerzo por abrirse paso a través de la barrera de ciega incredulidad de estos dirigentes judíos para decirles: «Consideren una vez más quién es el Mesías. Soy el Hijo de David, y también soy Señor».

IV. LAS ILUSTRACIONES USADAS (12.38–44)

Marcos concluye este relato indicando cómo se manifestará el Señorío de Jesús en las vidas

humanas. Jesús mismo demuestra la verdadera expresión de un corazón sometido a Su Señorío, trazando un contraste entre los pomposos y orgullosos maestros religiosos de la ley, y una humilde y pobre viuda piadosa. Así dicen los versículos 38 al 40:

Y les decía en su doctrina: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas ropas, y aman las salutations en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.

Los maestros de la ley, los escribas, vestían largas túnicas sueltas de color blanco que constituían el traje de los que tenían autoridad y poder. El hombre medio de la calle vestía de color pardo o de algún otro color, mientras que los escribas vestían largas túnicas blancas. Era la costumbre que cuando un escriba iba a la plaza del mercado, la gente lo saludara llamándole rabino, padre o maestro. Los escribas amaban tales salutations y las procuraban. Cuando un escriba asistía al servicio en una sinagoga, él tomaba un asiento especial. Se sentaba de cara a la audiencia y de espalda al arca en la cual se guardaba la ley de Moisés. Esa era su silla especial y la amaba. Era una regla entre los judíos que el maestro de la ley, el escriba, no percibiera salario, pero se le permitía aceptar regalos y la hospitalidad de vivir con los que les abrieran las puertas de sus hogares. Jesús dijo que ellos se aprovechaban de estas ofertas. Dijo que «devoraban las casas de las viudas». Los escribas hacían largas oraciones porque les motivaba el ser vistos por los hombres. Lo único que les interesaba era el ser vistos por los hombres y no el honrar a Dios. Estos escribas, aunque profesaban ser hombres de Dios, eran unos completos farsantes.

Había, no obstante, algunas personas que sí eran auténticas en el lugar. Marcos nos dice que cuando Jesús estaba sentado con los discípulos en el templo, Él podía ver a los judíos echando dinero en el arca de la ofrenda. Entre los judíos había una viuda pobre. Cristo señaló a esta viuda pobre como un hermoso ejemplo de una auténtica persona piadosa. Dice Marcos:

Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante. Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta

viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento (vers.^{os} 41–44).

El dinero que se echaba en aquellos recipientes que estaban en el templo había de ser usado para propósitos religiosos y públicos. El judío motivado por el público consideraba que dar esa ofrenda era una obligación que descansaba sobre él. Deseaba obtener tanto reconocimiento como pudiera por su ofrenda, por lo cual hacía el acto de dar tan obvio como fuera posible. William Barclay comenta que en la pared del templo que estaba en el patio de las mujeres, había trece recipientes en forma de trompeta para las ofrendas. Cuando Jesús estaba sentado con Sus discípulos cerca de los trece recipientes en forma de trompeta, Él podía oír el tintineo de las monedas que caían cuando los ricos desfilaban por allí para echar su dinero. No hay duda de que procuraban lanzarlas desde el ángulo preciso y con la fuerza suficiente para provocar un gran alboroto. Arrojabán las monedas en los recipientes en forma de trompeta con el fin de hacer el mayor ruido posible para que todos volvieran a ver y dijeran: «¡Oh, qué gran ofrenda debió de haber dado! ¡Oigan el tintineo de las monedas!».

Mientras lo anterior estaba sucediendo, vino una viuda pobre a ofrendar. Ésta echó dos monedas de cobre, que equivalían a medio centavo de dólar estadounidense. Jesús notó la contribución de ella, pero lo más probable es que nadie más la notara. Es obvio que los líderes religiosos y los ricos no la notaron. La ofrenda de ella no era gran cosa. ¿Por qué debían ellos darle una segunda consideración? Sin embargo, Jesús dijo que la ofrenda de aquella viuda pobre era verdadera. Era un símbolo de amor y de dedicación. La mujer, según Jesús observó, echó todo lo que tenía. Hizo así por una pura y sencilla razón: su amor y dedicación a Dios. Era una persona auténtica a los ojos de Dios. Cualquier recompensa que recibiera, tendría que ser dada por Dios. Ciertamente no recibió ninguna recompensa ni elogio de los hombres que miraban. De hecho, si hubieran llegado a notarla, hubieran criticado su ofrenda. Podrían haber dicho: «Esta viuda pobre ha echado el dinero que debía guardar para su familia. Ha dado todo lo que tiene. Lo más probable es que vamos a tener que cuidar de ella». La hubieran condenado.

Jesús no lo vio así. La señaló como el ejemplo perfecto de una persona auténtica que amaba a Dios con todo su corazón, con toda su mente, con toda su alma y con todas sus fuerzas.

CONCLUSIÓN

Sin amor sincero no hay cristianismo sincero. Podemos hablar de programas, de planes y de obras de la iglesia, pero a menos que todo sea motivado por el sincero amor a Dios y a nuestros semejantes, no estaremos entendiendo lo más

importante.

¿Ama usted a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente? ¿Ama usted a su prójimo como a sí mismo? Estos dos son los más grandes mandamientos de Dios.

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS